DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
30 de julio de 2017
1Re 3,5.7-12 / Mt 13, 44-52

No hay duda de que encontrar un tesoro es una gran suerte, una ocasión que si se presenta no la podemos dejar escapar. Tal como nos lo dice el Evangelio de hoy, el Reino de Dios es como el tesoro que un hombre encuentra en un campo. "El que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo". Un descubrimiento como éste, pide una decisión valiente. Vale la pena invertir todo para ganar mucho más.

El hallazgo lo vale: se trata de un tesoro y se trata, sobre todo, del Reino de Dios que Jesús nos hace presente. Jesús mismo nos pone sobre la pista de este tesoro cuando nos dice: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis"... y es que el mismo Jesús forma parte de este tesoro, tal lo podemos comprobar a lo largo del Evangelio.

Cierto: El primer tesoro es haber encontrado a Jesús. Y es él mismo quien nos acompaña no sólo en el descubrimiento de este tesoro sino también en la manera de conseguirlo. Y es por ello que nos movilizamos, contentos de haber encontrado a Jesús y enfocando nuestra actividad, y nuestras energías a seguir la línea que Jesús nos propone. El evangelio de Jesús es una fuente de alegría.

Sabemos, sin embargo, que en nuestro día a día debemos asumir no sólo las alegrías, sino también las dificultades de la vida. Y es aquí donde nuestra relación con Jesús nos puede fortalecer para encararlas con más coraje y serenidad, haciéndonos conscientes de que las dificultades de la vida personal y familiar no son de ninguna manera incompatibles con la alegría que la buena nueva de Jesús nos comunica.

Si nos fijamos en las personas de que nos habla el Evangelio, muchas de ellas no lo tienen fácil, también se encuentran con dificultades, bien sean enfermedades, problemas diversos, discordias, pero el encuentro con Jesús les sugiere actitudes y decisiones para salir adelante.

Un ejemplo lo encontramos en aquel hijo pródigo que -tras una etapa terrible en que perdió todo su patrimonio- decidió volver a casa, con mucho miedo de ser mal recibido, sin embargo, a la hora de la verdad, se encuentra que su padre le estaba esperando y lo acogía con un abrazo más fuerte que todas las desgracias.

Podemos decir, pues, que el mismo evangelio de Jesús es, al menos, un verdadero tesoro que está escondido en un campo. Nosotros lo tenemos que buscar, lo hemos de encontrar, y Jesús nos ayuda a encontrarlo: Cuando le escuchamos y lo seguimos, Jesús nos ayuda a hacer la experiencia de este tesoro: Él mismo nos proporciona un ejemplo a seguir. Miremos sino las Bienaventuranzas: Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán. Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos. También nos dice que los cristianos somos la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué la volverán salada?

La orientación que Jesús nos ofrece nos ayuda siempre a avanzar, con creatividad, con firmeza y alegría. Si seguimos sus propuestas, también nosotros sabremos descubrir que, incluso en las dificultades, enfermedades o pobrezas, escuchando y acogiendo el mensaje de Jesús nuestra vida se ilumina y se puede encauzar mejor. También sabremos pedir a Dios que nos ayude a compartir los dones que Dios y que la vida nos han dado. Justamente nos dice también que los discípulos del Reino de

Dios son como aquellos padres de familia que sacan de su tesoro lo nuevo y lo antiguo.

Acoger y compartir son dos palabras claves, pues, del Evangelio de hoy. Son propuestas gracias a las cuales todos podemos crecer en humanidad, estimando a los que hacen camino con nosotros en el día a día de la vida. Que la fuerza de Dios nos acompañe, pues, y tengamos el coraje y la firmeza necesarios para llevarlo a cabo.